

TRADUCCIONES DE OBRAS FRANCESAS EN LA GACETA DE MADRID ENTRE 1790 y 1799

M.^a AURORA ARAGÓN

Como es sabido, cada fascículo de la *Gaceta de Madrid* dedica sus últimas páginas a la reseña de las novedades bibliográficas puestas a la venta en esos momentos, a los avisos de nuevas suscripciones o a llamadas a los suscriptores para acudir a recoger los sucesivos volúmenes, además de a otros pequeños avisos de interés, de carácter judicial o comercial esencialmente.

Hemos considerado interesante realizar este pequeño análisis del contenido de dichas referencias, con la curiosidad de ver cuáles eran los autores franceses que en esos años revolucionarios interesaban en España, y en qué medida el número y calidad de los textos traducidos reflejaba un influjo de la cultura francesa. Influencia que había sido notoria en años anteriores, pero que los datos que hemos podido deducir de estas traducciones no parecen avalar.

En efecto, en los diez años estudiados, las referencias a traducciones son bastante elevadas, ya que hemos trabajado con un total de 635 fichas, pero en realidad se trata solamente de 310 títulos distintos, algunos de los cuales aparecen citados repetidas veces por estar constituidos por diversos volúmenes o fascículos. En varias ocasiones también aparece un prospecto anterior a la edición anunciando la apertura de la suscripción y cantando las excelencias de la obra. Dentro de esos títulos hay uno que recoge la edición española, pero en la lengua original, de la obra de Jean-Jacques Barthélémy *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce dans le milieu du IV^{ème} siècle avant l'ère vulgaire*.

Los 310 títulos se reparten de modo bastante homogéneo entre los diferentes años de la década, según se aprecia en el cuadro siguiente:

1790	40
1791	29
1792	24
1793	37
1794	28
1795	20
1796	39
1797	32
1798	36
1799	25

Las oscilaciones no son demasiado llamativas, aun teniendo en cuenta la diferencia entre el mínimo de 20 títulos de 1795 y el máximo de 1790, que duplica ese número, y se puede hablar de una relativa homogeneidad en la intensidad y ritmo de las traducciones.

Más disparidad existe entre estos 310 títulos si atendemos a la temática que desarrollan. Lo primero que resalta es el amplio catálogo de obras dedicadas a la temática religiosa: más de un tercio del total son obras de carácter religioso, ya sean históricas ya descriptivas. Es igualmente notable, aunque en sentido opuesto, la escasa representatividad de las obras de creación artística. A algunos grandes nombres de autores del siglo XVII, como La Fontaine o Molière, hay que añadir algún novelista o autor teatral contemporáneo, como Crébillon, Lesage o Florian. Pero los grandes autores del siglo XVIII o brillan totalmente por su ausencia, como ocurre con Rousseau, o si aparecen, están representados por obras que podemos considerar menores y, casi siempre, de manera anónima: así sucede con Diderot y con Voltaire. Estos datos parecen contradecir esa notoria influencia cultural francesa, que los estudios del siglo XVIII español sostienen, y hacen pensar que los intelectuales españoles del momento, conocedores del francés, entonces lengua culta universal, leían en la lengua original, y no precisaban de traducciones.

La totalidad de los títulos se agrupa en varios apartados que parece interesante conocer, para comprobar cuáles son las temáticas que atraen en mayor medida el interés de editores y lectores. Dejaremos aparte algunos títulos aislados, tal como uno dedicado al tema político u otro al comercio, para establecer las siguientes temáticas que, en mayor o menor grado, agrupan un número superior de traducciones:

Religión	109
Narrativa	38
Ciencia	24
Técnica	23
Historia	19
Sociedad	16

Teatro	16
Medicina	15
Moral	14
Pensamiento	12
Educación	9
Poesía	6

Como se ve, el dominio de la temática religiosa es total. Los escasos dos tercios restantes, por el contrario, se distribuyen de manera bastante equitativa entre diversos temas, con variaciones menores.

Sin duda, esta prioridad de las obras religiosas obedece a criterios sociológicos y patentiza hasta qué punto la vida civil española, aun en las postrimerías del siglo XVIII estaba dominada por la Iglesia. Analicemos a continuación estos títulos a fin de conocer mejor qué tipos de obras religiosas atraían la atención de los lectores de esta época. Hemos establecido varios grupos que comprenden obras de carácter similar, aunque evidentemente, con cierta heterogenia:

1) Obras dedicadas a explicitar normas morales cristianas: constituyen el grupo más numeroso y que abarca desde libros destinados a guiar a los fieles en el mundo, como la *Instrucción de una señora cristiana para vivir en el mundo santamente*, o el *Consuelo de cristiano o motivos de la confianza en Dios en las diversas circunstancias de la vida*, del abate Royssard, hasta meditaciones sobre distintas virtudes, como el *Tratado de la confianza en la misericordia de Dios*, o reglas para una correcta vida monástica, tal como la obra de Bauche *Disertaciones en soledad: en que se expone a las religiosas el modo de emplearse con fruto...*

2) Siguen en número las obras dedicadas a la historia de la Iglesia: algunas de ellas son reediciones que atestiguan su éxito, como la *Pintura de la historia de la Iglesia*, de un religioso benedictino o la de Ducreux, *Historia eclesiástica general o siglos del Christianismo*, así como relatos de la vida terrena de Jesús: *Historia de la vida de Nuestro Sr. Jesuchristo*; biografías de santos: *Vida de S. Francisco de Sales* o *Vida histórica de Sto. Tomás de Aquino* o la historia de comunidades monacales, como la de Rancé, *Vida de los varones ilustres del Monasterio de la Trapa*.

3) Otro apartado está constituido por obras dedicadas al culto: así la de Bossuet, dedicada al *Ordinario de la Santa Misa* o la de Croiset, *Año Cristiano*, o bien obras consagradas a la confesión, como la *Conducta de confesores en el tribunal de Penitencia, según instrucciones de San Carlos Borromeo*, o al ceremonial de los grandes períodos anuales de la Iglesia: *Manual de Quaresma o examen de sí mismo sobre la práctica de virtudes que propone la Iglesia*.

4) El siguiente grupo de obras se refiere al arte oratorio, ya sea con ejemplos de eminentes predicadores, como los *Sermones escogidos* de Fénelon, los *Sermones panegíricos* de Latourdupin, o los

Sermones del padre La Rue, ya con reglas sobre el arte de la oratoria sagrada, como el libro del abate Fleury, *Discurso sobre el estilo y elocuencia de la Sagrada Escritura*, o el de Fénelon, *Diálogos sobre la elocuencia en general y sobre la sagrada en particular*.

5) La Sagrada Escritura es tema común de otra serie de obras: *Davidis Suspiria. Los suspiros de David, Salmos de David y cánticos sagrados* o el de S. Bernardo, *Discursos sobre el Cántico de los Cánticos de Salomón*.

6) Finalmente, ciertas obras, en menor número, se dedican a atacar a los ateos o a los descreídos: los grandes pensadores franceses contemporáneos no salen muy bien librados: así, Rousseau es atacado en *El deísmo refutado por sí mismo o examen de los principios de incredulidad* y Voltaire en *El oráculo de los nuevos filósofos, M. Voltaire, impugnado y descubierto en sus errores*. Otra obra que parece haber gozado de gran éxito es la de Gérard, *Triunfos de la Religión, contra los estravios de la razón en el conde de Valmont*, así como dos títulos del abate Nonnotte, uno de ataque contra el *Diccionario Filosófico* de Voltaire y otro, más general, *Defensa de los puntos más interesantes de la Religión acometidos por los incrédulos*.

Con títulos idénticos o muy similares se publican dos versiones, por distinto traductor, de una misma obra: existen dos referencias diferentes de la obra de Pastoret *Moisés considerado como legislador y moralista*, en dos ediciones distintas, en tanto que la obra de Bossuet sobre el perdón de los pecados y el jubileo, se edita en dos traducciones diferentes y con títulos un tanto divergentes: *Meditaciones para ganar los jubileos e indulgencias, sacadas del Concilio Tridentino e Instrucciones y meditaciones sobre el perdón de los pecados para el tiempo de los Jubileos*.

Como corresponde a la tendencia general del siglo XVIII, en Francia como en España, de interés hacia la ciencia, las obras que se traducen en este apartado son numerosas e importantes: grandes manuales divulgativos de física y química, como el de Lavoisier, *Tratado elemental de Química*, o dos obras de Brisson sobre física, o bien obras de carácter aplicado, como la de Fourcroy, que estudia la relación entre la física y el arte de curar o la de Morveau, que aplica los nuevos conocimientos de física y química al análisis de las aguas. Pese al enorme interés que las ciencias de la naturaleza despertaron en la época, las obras a ellas dedicadas son escasas: destacaremos la muy famosa de Buffon, *Historia natural, general y particular*.

Aunque pertenezcan a este campo científico hemos considerado aparte las obras consagradas a estudios médicos, pues su número es considerablemente superior al de cualquier otro sector científico, lo que atestigua la importancia que se les concedía. Se trata de títulos diversos, que estudian las enfermedades de las mujeres paridas, las venéreas, la gota, el arte de la sangría, la curación de la tisis, apar-

te de manuales más generales como el de Bosquillon, que adapta el *Tratado de materia Médica de Cullen* o *El Cirujano Instruido*.

Algunas de ellas aparecen citadas repetidas veces, como la obra de Gendron sobre las enfermedades de los ojos. Otras tienen títulos curiosos para un profano de hoy, como la *Memoria sobre la prolongación morbífica de la lengua fuera de la boca*, o la *Disertación acerca de la rabia espontánea o de causa interna, o de causa externa y comunicada*.

En el apartado de obras de carácter técnico, hay títulos aislados dedicados, entre otros, al arte de la cantería o al de hacer vino, a la ganadería. Otros temas son desarrollados más ampliamente: el impulso de la industria textil se refleja en varias obras, tres de ellas del mismo autor, que expone las reglas del arte de blanquear y teñir las telas y en la muy ensalzada y recomendada de Lapayesse, *Tratado de hilar, devanar, doblar y torcer sedas según el método de Vaucanson*.

También la agricultura es objeto de varias obras, aunque la más repetida es la del abate Rozier dedicada a la agricultura teórica y práctica. La orfebrería, con *El arte de dorar* de Watin, el arte de la fortificación de plazas militares, la práctica de herrar los caballos, y las obras referidas a peluquería, la más curiosa de las cuales es *La Pogonotomía o arte de aprender a afeytarse a sí mismo*, son otras de las materias que figuran en la relación con más de un título.

Las obras de historia son bastante abundantes, pero con una clara polarización hacia la Antigüedad. Puesto que las referidas a historia de la Iglesia las hemos incluido en otro apartado, los títulos más importantes se refieren a historia antigua en general, por ejemplo las obras de Duchesne *Compendio de la Historia Antigua* o de Crevier *Historia de los emperadores romanos desde Augusto hasta Constantino el Magno*, aunque alguna se extienda en el tiempo, como la del abate Millot, que es una historia universal, antigua y moderna. De entre los grandes historiadores franceses, sólo Joinville, con su *Crónica de San Luis, rey de Francia* aparece traducido. Hay también muy escasas obras consagradas a la historia más reciente, como es el *Elóquio de Federico II, rey de Prusia*, y, sobre todo, debemos destacar la celeridad en la traducción de una obra anónima sobre la *Vida y trágica muerte de Luis XVI*. De Duchesne se traduce también, y es la única referencia a nuestra historia incluida en la relación, el *Compendio de la historia de España*.

Bajo el epígrafe de «pensamiento» hemos incluido obras variadas pero con exclusión de los títulos de filosofía pura, que hemos introducido en el grupo de obras científicas. Se trata en este caso de obras de reflexión, pero que no responden a una sistematización filosófica: así, la famosa obra de Condillac, la *Lógica*, pertenecería al anterior apartado, mientras que otra obra suya no menos famosa, el *Tratado de las sensaciones*, hemos preferido incluirla aquí. Se tradu-

cen libros muy apreciados y muy difundidos, como el famoso de Fontenelle, *Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos*, junto a obras de menor éxito, como el *Discurso sobre la paciencia*, del mismo autor, o el de Saint-Réal sobre la belleza de las mujeres. Hay que añadir obras generales que no parecen merecer la etiqueta de filosóficas, como la de Borrelly, con el curioso título de *Elementos del arte de pensar o la lógica reducida a lo que es meramente útil*, así como nuevos ataques a los grandes pensadores del siglo: contra Voltaire, un panfleto anónimo sobre la vida y la muerte de «un pretendido filósofo moderno», y contra Voltaire, Diderot y d'Alembert otro panfleto, igualmente anónimo, y titulado *Éxito de la muerte correspondiente a la vida de los tres supuestos héroes del siglo XVIII*, que no hemos incluido con los anteriores, puesto que, aunque reprobatorios hacia el pensamiento de estos filósofos, no se centran en cuestiones religiosas, como el de Nonnotte.

En cuanto a las obras que hemos etiquetado bajo la rúbrica de «moral», hemos considerado aquellos títulos que no implican necesariamente un carácter religioso, aunque, evidentemente, se trata de una moral que se apoya en la religión. Son, de modo esencial, libros que contienen normas e instrucciones morales, basadas muchas veces en ejemplos ilustres, como la obra de Mme de Gómez, *Jornadas divertidas, morales e instructivas: políticas sentencias y memorables hechos de reyes y héroes*; o bien manuales, como el anónimo *Manual del hombre de bien o máximas necesarias en todos tiempos y lugares*; o escritos de carácter más teórico, como el *Tratado de Moral* de Mably, y de reflexiones generales sobre el hombre, tal como las obras de Puget de la Serre *Espejo que no adula y Sepulcro de las delicias del Mundo*.

Bajo el título genérico de «sociedad», englobamos obras que recomiendan lecturas provechosas: *El fruto de mis lecturas o máximas y sentencias morales y políticas*, del padre Jamin o la *Biblioteca de Buena educación*, de Berquin; así como otras que exponen las reglas de la buena educación: *Elementos para conducir al hombre en los diferentes estados de la vida civil*; o que ofrecen las reglas que rigen la vida en sociedad: *Arte de conocer a los hombres y mugeres, y máximas para la sociedad civil*. Hemos incluido también en este apartado obras de tipo variado, como es un análisis del carácter de las mujeres a través de la historia, de Thomas, o la obra de Duclos, mucho más conocida, *Reflexiones filosóficas sobre las costumbres de nuestro siglo*.

De acuerdo con la tendencia general de la época, que consagra una profunda atención a los problemas educativos, las obras traducidas con este contenido son varias. Curiosamente no aparece la menor referencia a Rousseau, en tanto que otra obra clásica, concebida en su día como tratado educativo, cual es la de Fénelon, muy traducida y comentada, creemos que debe ocupar su lugar en el apartado

de obras literarias, más bien que entre las didácticas. Son, pues, obras menos famosas las que concitan el interés de los traductores. Todas ellas tratan de la educación de los niños, sea con un carácter más sistemático, como la obra de Rollin, *Educación y estudios de los niños y jóvenes de ambos sexos*, ya sea con un cariz más bien de entretenimiento instructivo, como la obra de Rochon, que contiene instrucciones y reflexiones para «entretenimiento de los niños», o la anónima que, con el título de *Libro de la infancia*, promete dar cuenta de las cosas «que deben saber los niños». Todas estas obras insisten en la educación de una clase social elevada, tal como ocurre con el propio *Émile*: la que lo especifica con mayor claridad es obra de la condesa de Genlis y se titula *Educación de la nobleza*.

Entramos en el último apartado, aquel que analiza las obras de creación literaria, con tres secciones, dedicadas a teatro, poesía y novela. Pero antes de entrar de lleno en dicho análisis, debemos hacer una referencia previa a obras de tipo general, de retórica por ejemplo, o manuales que hoy llamaríamos de estética, como el de Batteux, *Principios filosóficos de la literatura o Curso razonado de Bellas Letras y Bellas Artes*, y también a cursos de crítica e historia literaria, como la anónima *Historia Literaria de la Edad Media*.

El teatro apenas presta atención a los clásicos del siglo anterior: sólo se registra una versión del *Misántropo* de Molière con el subtítulo de *O el enemigo de los hombres*. En cuanto a las obras escénicas de los grandes escritores teatrales del siglo XVIII, son totalmente ignoradas: ni Marivaux, ni Beaumarchais aparecen en la relación.

En cuanto a las obras de los escritores y pensadores, en su vertiente teatral, se realizan algunas traducciones, pero siempre de manera anónima. Así, se oculta el nombre de Diderot, pese a tratarse el suyo de un teatro moral, de un canto a las virtudes humanas, al anunciar sin citar al autor la traducción de *Le Fils Natural* con el título de *El Hijo natural o Pruebas de la virtud*, editada junto con *Triunfo de la moral Cristiana o Los Americanos*, traducción de *Alzire* de Voltaire, con el cual ocurre algo parecido: otras tres de sus tragedias son traducidas, siempre anónimamente, en un caso con su propio título: *La Muerte de César*, en otro con el extraño título de *Poesías varias de una dama de esta Corte*, aunque el prospecto que anuncia la obra informa de que, entre otras, se trata de la traducción de *Alzire* y *Zaïre*. Tengamos en cuenta que esta ocultación se produce cuando han transcurrido más de sesenta años desde su estreno.

Otros autores teatrales del XVIII gozan de mejor suerte, aunque hoy no sean considerados como de primera fila: así d'Arnaud figura con dos obras, *Los amantes desgraciados* y *Eufemia*, de Crébillon se traduce *Rhadamisto y Zenobia*, y de Mercier, *El desertor*, en tanto que Florian, que es muy traducido, está representado por dos obras, que se califican de «comedias».

En poesía la situación es aún más penosa. Un solo escritor ante-

rior, La Fontaine, con sus *Fábulas*, merece los honores de ser traducido. Si bien ambos siglos, XVII y XVIII, son pobres en lo que a lirismo se refiere, la penuria no es evidentemente tan elevada como los traductores parecen creer. El poeta por antonomasia, si nos atenemos a las numerosas referencias encontradas de su obra, es Louis Racine, lo cual ratifica lo que sabemos acerca del éxito de su poema *La Religión* y de sus múltiples reediciones hasta mediados del siglo XIX: numerosas referencias y dos ediciones diferentes, con distinto traductor, se encuentran en nuestro «corpus». Florian de nuevo goza de la preferencia de los traductores, con el poema épico *Numa Pompilio*, el vasto poema sobre *Gonzalo de Córdoba o la conquista de Granada* que anuncia la moda del morisco español que llegará a su apogeo con los románticos, o un poema de tema clásico, *Hero y Leandro*.

En narrativa, título que hemos preferido por ser más general, aunque la mayor parte de las traducciones sean de novelas, de nuevo los clásicos del siglo XVII son olvidados. Tan sólo Fénelon, cuyas aventuras del joven Telémaco son reseñadas varias veces, en dos diferentes ediciones, y La Calprenède, que parece gozar del mismo éxito que en Francia, a juzgar por el encomiástico prospecto y las numerosas referencias encontradas a su *Casandra*.

Dentro ya de los autores contemporáneos, aparecen varias colecciones de cuentos, como las de d'Arnaud, *Recreaciones o desahogos del hombre sensible* y *Experimentos de sensibilidad*, los *Nuevos cuentos morales* de Mme Le Prince de Beaumont, las *Veladas de la Quinta*, «novelas e historias» para instruir, de la ya citada condesa de Genlis, y los de Saint-Lambert, que responden a la moda de lo exótico en todo el siglo, la *Colección de cuentos morales americanos y orientales*. También exótico, en este caso respondiendo al éxito obtenido por la traducción francesa de *Las mil y una noches*, es el anónimo volumen titulado: *Mil y un cuartos de hora: Cuentos tártaros*.

En cuanto a la literatura epistolar, la famosa obra de Mme de Graffigny, *Cartas de una peruana*, parece gozar también de un caluroso recibimiento, dadas las numerosas referencias y los textos laudatorios que la acompañan.

Del mismo modo que los volúmenes de cuentos, se editan colecciones de novelas: de Florian se traducen las *Novelas nuevas* pero existen varias, anónimas, que recogen novelas de diversos autores. Así, la llamada *Colección de novelas extranjeras de las más exquisitas y raras*, cuyo contenido ignoramos por no estar explicitado en la referencia. Y existen otras colecciones, que hemos incluido por citar, al menos, una novela francesa: tal ocurre con dos obras, la *Colección de novelas y cuentos* de la que forma parte *La Melusina*, y otra titulada *La Noche entretenida* que contiene tres novelas, una de ellas francesa, *El Solitario de las Ardenas*.

Entre los novelistas más famosos hoy del siglo XVIII, Prévost

figura con su novela *El Deán de Killerine o Memorias del Conde de ****, en tanto que Saint-Pierre lo hace con *Pablo y Virginia*, traducida sólo nueve años después de su aparición en Francia, en 1796. Lesage, dado el carácter español de su obra, es el autor objeto de más y más variadas referencias. Con su nombre se editan *El Bachiller de Salamanca* y *Gil Blas de Santillana* y figuran referencias que aluden a obras relacionadas con esta última, como la *Genealogía (que no se esperaba) de Gil Blas de Santillana*. También con rapidez, como en el caso de Saint-Pierre, se traduce la más famosa novela epistolar francesa. Pero en este caso, no figura el nombre de Laclos e incluso se modifica el título, tal vez por demasiado sugerente y se edita con el de *La Presidenta de Turvel*.

Otros novelistas menores parecen gozar de las preferencias del público, ya que se traducen varias de sus obras: d'Arnaud y Mme Le Prince de Beaumont son los que tienen más títulos con distintas referencias. La escritora en particular con una de sus obras, *La nueva Clarisa, o cartas y respuestas de Clarisa Derby*, dentro de la literatura epistolar femenina, abundante en la época, y que es objeto de varias menciones. No menos citada es la novela de Ducray-Duminil, *Alexo o la casita en los bosques*. Gorjy y La Place son otros autores de novelas, con títulos que anuncian los futuros folletones.

Tal como sosteníamos al principio de este trabajo, el número y, sobre todo, la entidad de los autores traducidos no son los que cabría esperar de la notable influencia que Francia había ejercido a lo largo del siglo en los aspectos intelectuales. Sin embargo, como hemos podido comprobar, y pese al predominio de las obras religiosas, la relación de las traducciones aún permite confirmar la persistencia de este influjo. Aunque no fuese objeto de nuestro interés directo, el estudio de la *Gaceta* nos ha permitido comprobar el escaso número de traducciones de obras de otras lenguas y cómo las pocas que figuran han sido repetidas varias veces traducidas desde la versión francesa, lo cual corrobora el influjo de la cultura francesa, en España, como en el resto de Europa. En los años finales del siglo, aunque sea en plena época revolucionaria, Francia continúa ejerciendo su poder de seducción sobre los lectores y pensadores españoles.